

Liberalismo y conservadurismo

Por Alejandro Cacace

Siempre han existido formas de definir las ideologías políticas. Una de las clasificaciones que mayor trascendencia ha tenido es la que distingue la ideología política entre la izquierda y la derecha. Esta distinción tuvo su origen en Francia, en el periodo previo a la Revolución, cuando en el parlamento se sentaban dos grupos distintos: uno a la derecha del rey y el otro a la izquierda del rey. El grupo que estaba sentado a la derecha del rey era el que defendía la permanencia de la monarquía y el mantenimiento del orden estamental establecido; éste era el grupo que quería conservar la tradición política y los privilegios existentes. El grupo que estaba sentado a la izquierda del rey, por el contrario, era el que promovía el cambio de orden y la instalación de un nuevo sistema republicano; éste era el grupo que quería liberar a la sociedad de las tradiciones políticas y de los privilegios para configurar un orden más igualitario.

Esta distinción entre la izquierda y la derecha ha sobrevivido hasta la actualidad y sigue siendo frecuentemente utilizada. Inclusive, mantiene algunos de sus caracteres esenciales en cuanto la izquierda sigue generalmente representando el cambio y la renovación del sistema, mientras que la derecha también sigue generalmente representando la preservación del sistema y la resistencia al cambio. Sin embargo, esta distinción entre la izquierda y la derecha es una clasificación que padece de ciertas desventajas. En primer lugar, existen determinadas ideologías (como es el caso de los regímenes autoritarios) que no tienen una fácil ubicación dentro de este esquema bipolar. En segundo lugar, la creciente complejidad de los asuntos públicos en la modernidad hace necesario definir a las ideologías con mayor precisión respecto a determinados temas,

requisito que la distinción mencionada no satisface.

Son estas deficiencias de la distinción de las ideologías entre la izquierda y la derecha el motivo por el cual la teoría política ha elaborado últimamente nuevas clasificaciones que intentan abarcar todas o al menos un mayor espectro de las ideologías existentes. Una de las clasificaciones más difundidas actualmente es aquella que distingue a las ideologías en un plano bidimensional: por un lado, se consideran las posturas ideológicas respecto a cuestiones personales y sociales, y por el otro lado se consideran las posturas ideológicas respecto a cuestiones económicas. Según el grado de intervención que el Estado debe ejercer en cada una de esas cuestiones o el grado de libertad que debe permitir, se clasifica a las ideologías en cuatro tipos: liberales, conservadoras, libertarias y autoritarias. Algunas variantes de esta clasificación también incluyen como una categoría al centro, es decir, aquéllos que apoyan las soluciones prácticas a cada cuestión según el problema político o tema que se presente.

	Intervención Personal y Social	Libertad Personal y Social
Intervención Económica	Autoritarismo	Liberalismo
Libertad Económica	Conservadurismo	Libertarianismo

El autoritarismo apoya un rol extensivo y de control del Estado tanto en el campo personal como en el campo económico, regulando así prácticamente todos los aspectos de la vida del individuo y la sociedad; el libertarianismo apoya un rol mínimo del Estado sólo para protección y seguridad de las personas, pero quiere que el Estado no intervenga de ningún modo en la vida de las personas, ya sea en cualquiera de sus aspectos. Estas ideologías han estado presentes con fuerza anteriormente, pero son ahora generalmente

consideradas ideologías extremas dentro de los sistemas políticos actuales, en particular dentro de las democracias constitucionales. En los regímenes democráticos contemporáneos es común encontrar partidos políticos con claras definiciones liberales o conservadoras, o al menos con ciertas tendencias hacia una ideología u otra. Esta distinción, sin embargo, suele tener mayor intensidad y aplicación en los sistemas de partidos políticos de Estados Unidos o Europa que en los sistemas de partidos políticos de Latinoamérica.

La divergencia entre las ideologías liberales y conservadoras suele dar lugar a sistemas políticos bipartidistas o, en su defecto, a sistemas políticos pluripartidistas con dos coaliciones dominantes: una de centro-izquierda o liberal y una de centro-derecha o conservadora. Basta realizar un análisis comparado de las estructuras partidarias en los diversos países para verificar esta situación. Estas ideologías suelen tener posiciones diferentes respecto a cada uno de los temas de política pública y gobierno, aunque también tienen generalmente coincidencias básicas respecto a la configuración primaria y esencial del régimen político.

El liberalismo, término con múltiples acepciones en la teoría política (a veces incluso contradictorias), se refiere en la clasificación establecida a la ideología política que promueve la libertad de opción en cuestiones personales y la intervención del Estado en cuestiones económicas para favorecer un orden más igualitario. Los liberales quieren evitar que el Estado imponga pautas morales o religiosas sobre la forma en que los ciudadanos deben vivir y quieren dejar que éstos organicen su vida libremente. Los liberales son respetuosos de la diversidad cultural y social. Son promotores de los derechos de las minorías, de los derechos individuales en general, y del cambio social. También promueven la igualdad de oportunidades y desean que haya un mínimo de igualdad económica para posibilitar el desarrollo de todas las personas. Defienden una estructura gubernamental más amplia en cuanto a la acción social a favor de los pobres y los

excluidos, al igual que la prestación extensiva de servicios sociales (principalmente educativos y sanitarios).

El conservadurismo, por el contrario, se refiere a la ideología política que promueve el libre mercado en lo económico, con mínimas regulaciones gubernamentales, y el establecimiento de determinadas pautas oficiales respecto a las cuestiones personales. Los conservadores defienden los valores morales tradicionales de la familia basada en el matrimonio, ejercen oposición a las tendencias que observan como amenazas a la moral de la comunidad y suelen tener mayor alineación con la Iglesia y otros grupos religiosos. Los conservadores generalmente tienen también mayor afinidad con los grandes grupos económicos y la defensa de los intereses del mercado, por lo que suelen ser contrarios a las políticas que alteren la distribución de la riqueza establecida. Al rechazar la intervención del Estado en lo económico, favorecen el mantenimiento del status quo y tienen un mayor compromiso con los derechos de propiedad privada.

A pesar de las claras oposiciones de intereses, ambas ideologías afirman tener soluciones para los distintos problemas sociales, lógicamente que a través de distintos medios. Así, y aunque cada ideología se concentra más intensamente en sus propios temas, se puede ver siempre en las plataformas de estos partidos abundantes propuestas sobre los temas de mayor preocupación para la opinión pública. Es válido interrogarse, sin embargo, si estas propuestas son siempre legítimas preocupaciones por la resolución de esos problemas o sólo formas encubiertas de proteger los intereses de esa ideología y continuar concentrándose en aquéllos temas que a ella más interesa. Para analizar estos cuestionamientos, es útil la observación de algunos ejemplos.

Una de las preocupaciones centrales en las poblaciones de todo el mundo es el desarrollo o crecimiento económico, el aumento del nivel y la calidad de vida para todos los habitantes, la lucha contra el desempleo y la erradicación de

la pobreza. Son éstos también, por ende, los temas a los que mayor atención prestan los partidos políticos y sobre los cuales discuten frecuentemente y proponen políticas. Sin embargo, las políticas públicas que las distintas ideologías proponen para resolver el mismo problema son muy diferentes.

Esta es a grandes rasgos la solución conservadora: si el Estado se retrae de su intervención sobre el mercado económico, quien de por sí asignaría los recursos con mucha mayor eficiencia, y disminuye así la carga impositiva sobre las empresas (y por ende disminuye también el gasto público para mantener la solvencia fiscal y así también la estabilidad monetaria), habrá así un mayor caudal dinerario disponible para realizar inversiones. Para ello, el Estado se debe asegurar, además, de eliminar todas las restricciones posibles a la actividad económica para que los empresarios se sientan más incentivados a invertir y se genere en ellos una mayor confianza de la seguridad y rentabilidad de la inversión. Una vez que todo esto sea realizado o se generen las expectativas adecuadas, los empresarios efectivamente realizarán la inversión y, junto a la menor carga impositiva, tendrán una tasa de ganancias mucho más alta que la anterior sino extraordinaria. Esta elevada tasa de ganancias, por la continua inversión y reinversión que generaría, derramaría sus efectos sobre el resto de la población, ya que en estos procesos las empresas contratarían un mayor número de trabajadores por la mayor actividad económica y así éstos recibirían un mayor salario y se disminuiría la tasa de trabajadores desocupados. De esa forma, a través de la ayuda fiscal (por medio de la reducción de la estructura tributaria o el otorgamiento de subsidios gubernamentales) a las grandes empresas, no sólo se beneficiarían éstas por su eficiente utilización de los recursos sino que también ese efecto se extendería a las demás capas sociales, quienes verían una sustancial mejora en su calidad de vida.

El liberalismo no sólo propone una solución enteramente distinta

sino que discrepa profundamente con la solución conservadora y niega su validez efectiva. En primer lugar, los liberales creen que a través de la propuesta conservadora no se logra alcanzar el desarrollo humano integral y para todos, sino que sólo es posible por esa vía el crecimiento económico para unos pocos. Si el Estado disminuye los impuestos u otorga subsidios a favor de los más ricos en lugar de utilizar ese dinero para ayudar a los pobres, quienes se benefician son los ricos y no los pobres, incrementando así la brecha de iniquidad en la distribución de la riqueza. El efecto del derrame de ganancias nunca llega a las otras capas sociales, sino que los grupos económicos se hacen cada vez más ricos y poderosos, mientras que los pobres se hacen cada vez más pobres.

Por eso es que los liberales, en cambio, proponen políticas de redistribución del ingreso y estructuras tributarias progresivas que reduzcan la desigualdad económica. Los liberales consideran que los fondos gubernamentales deben ser utilizados para mitigar las disparidades entre la población, incrementar la calidad de vida y satisfacer las necesidades básicas de todos los habitantes. En todo caso, los liberales creen que el impulso económico se puede dar a través de la rebaja impositiva a la población en general y no a las grandes empresas, ya que la mayor disposición de dinero así resultante por la clase media y las clases menos favorecidas (quienes menor capacidad de ahorro tienen) generaría un mayor consumo privado. Esta mayor demanda de productos requeriría de nuevos esfuerzos productivos, lo que se trasladaría en creación de fuentes de trabajo. De esa forma se disminuye el desempleo y se combate la pobreza. Es una reactivación económica por el lado de la demanda y no de la oferta.

En segundo lugar, el liberalismo considera que la constante desregulación de la actividad económica y concesión de ventajas a las empresas para generar en ellas confianza y deseos de inversión sólo logra la flexibilización del mercado laboral, el cual es dejado en condiciones precarias y sin protecciones a

los trabajadores, lo que ciertamente no puede ser en beneficio de un desarrollo humano y económico integral. Además, el desmantelamiento de las estructuras de prestación de servicios sociales por parte del Estado hace que muchos sectores de la población no puedan tener de otro modo acceso a esos servicios ni asistencia social disponible, por lo que ello también va en detrimento de los pobres y las clases menos aventajadas, quienes sufren así una mayor exclusión del sistema económico.

Todos estos razonamientos y conclusiones conducen a la reflexión de si puede ser verdaderamente el objetivo de una de las ideologías resolver el problema o sólo continuar protegiendo los intereses establecidos bajo una apariencia de genuina preocupación por todos los problemas de la población. En el caso planteado, por ejemplo, ante la evidencia de la ineficacia de las políticas conservadoras para solucionar el desempleo y la pobreza, ¿es posible continuar creyendo que los conservadores están convencidos que a través de la ayuda a las grandes empresas se va a producir un derrame de ganancias que beneficie a la población en general? ¿O es más razonable creer que en realidad los conservadores saben que esas políticas jamás ayudarán a los pobres, sino que en verdad satisfacen su propio interés, cual es el de favorecer a los grandes grupos económicos? Seguramente algunos creerán que están actuando en interés de la población, mientras que otros serán conscientes que no. Lo importante a considerar, sin embargo, son las consecuencias prácticas a las que conducen las distintas ideologías y si en uno u otro tema en particular hay detrás de ellas un interés determinado o no. Por ello, en cuestiones de política, se deben analizar los diversos problemas en particular y también sus posibles soluciones.